

René Barbier

El biznieto del bodeguero lucha por el nombre de la familia

SALUD MUÑOZ

Su nombre es y no es suyo. Se llama René Barbier, es viticultor, pero no puede etiquetar con su nombre. «Si pudieran, yo ya no me llamaría como me llamo». Descendiente de una familia en perpetua lucha con la adversidad parece que el penúltimo de los Barbier ha ganado la batalla: su vino, catalogado como uno de los mejores del mundo, se exporta a 38 países. René Barbier hombre le hace la competencia a René Barbier marca.

«De vez en cuando Freixenet me pide que vaya con ellos. Y cada vez que digo que no, me encuentro un ejército de abogados. Si pudieran, me quitarían el nombre». René Barbier, sin embargo, no es sólo un nombre. Desde su bisabuelo, los Barbier han tenido campos de viñas o han comercializado vino. En 1880 llegaron a España huyendo de la filoxera que arrasó sus viñedos en Francia y esta plaga les persiguió hasta Tarragona. «Cuando quisimos, por fin, volver a Francia, la guerra había hecho en nuestro castillo un aeropuerto alemán y estaba lleno de simbología nazi».

Pero esa fue la odisea de su bisabuelo y su abuelo. Su padre resistió a la guerra civil y él, a la paradoja de elegir entre ser socio de Ruiz Mateos o arruinarse. «Cuando acabé mis estudios de enología en Francia, Segura Viudas había contraído una gran deuda con los bancos de

Rumasa y José María Ruiz Mateos se convirtió en socio».

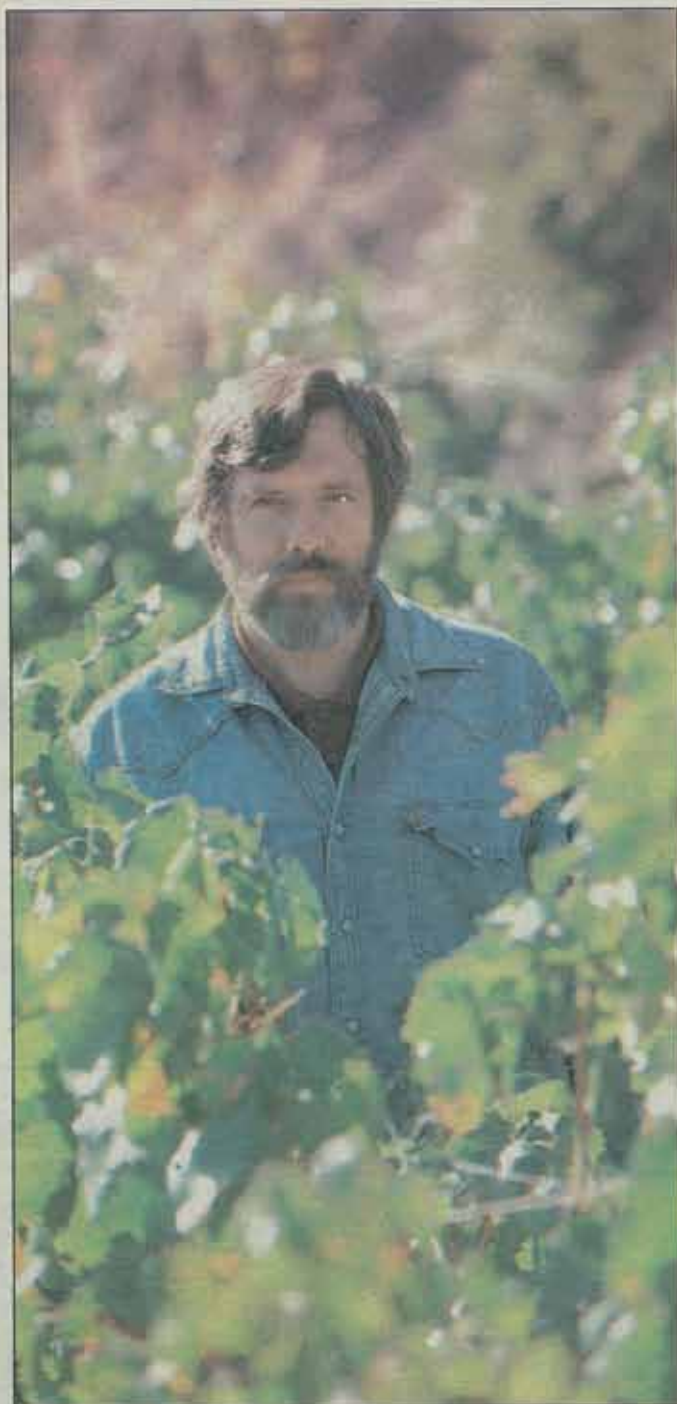
Después vino la expropiación y una deuda de 1.500 millones «que sólo pudo comprar Freixenet». La consecuencia de todos estos avatares es que Freixenet tiene una marca René Barbier, pero a un René Barbier que les hace sombra. «Mi único objetivo es hacer el mejor vino del mundo», dice como el que aspira sólo a ser feliz.

El penúltimo de los René Barbier -el hijo lleva la bodega y el padre la viña y la cosechaba del estigma de la desgracia, pero también de la superación. Cuando se quedó sin nada -o con un socio llamado Ruiz Mateos se dedicó a la exportación de Bodegas Palacios. Cuando perdió a su hija, recompuso su familia. Y medio en broma medio en serio -«es que somos un poco hippies»- se llevó a los confines del universo -a Gratallops hay que querer ir, porque no está de camino de ningún lugar- a viticultores con grandes ideas y poco dinero. «El hijo de los Palacios tuvo que vender barriles y ahora hace una bodega de 350 millones».

Puede decir, y lo dice, que fue el promotor del Priorato. «Pretendemos que el Priorato vuelva a ser lo que fue hace 100 años», o sea, una de las comarcas más prestigiosas en cuanto a viñedos se refiere.

De momento, su vino, Clos Mogador, lo está consiguiendo. Robert Parker, el mejor crítico de vinos del mundo, lo

«Cada vez que digo que no, me encuentro un ejército de abogados. Si pudieran, me quitarían el nombre»



René Barbier mantiene su amor por el vino desde el Priorat.

J. ANTURO

puntuó con un 93 sobre 100. Y una botella suya en el restaurante puede llegar a las 8.000 pesetas. Aunque lo suyo, dicen, «no es el dolar, sino de disfrutar de hacer un buen vino, aunque también me dé para vivir».

La prueba de que se concentra lo bueno y mejor de cada casa -una auténtica nisa-ga de poder- es que hasta Torres ha comprado viñedos. Y lo que hace unos años se pagaba a 30 pesetas, ahora sube a las 400. Sin embargo,

queda una espinita. «En Tarragona no se dan cuenta. El mejor vino ahora se hace aquí y la prueba es que vendemos a los mejores restaurantes de Francia». Un reto que ni sus padres se atrevieron a probar.

La bola ya está hecha. Hasta Lluís Llach apuesta por subir la espuma y «tiene a todo el pueblo entusiasmado por conseguir los mejores vinos». Y ha sido René Barbier quien ha hecho posible el estado de embriaguez.